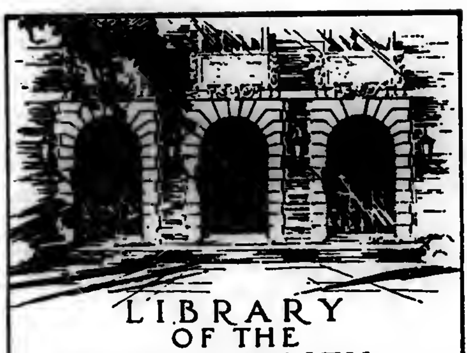


Joaquín Ramírez Cabañas

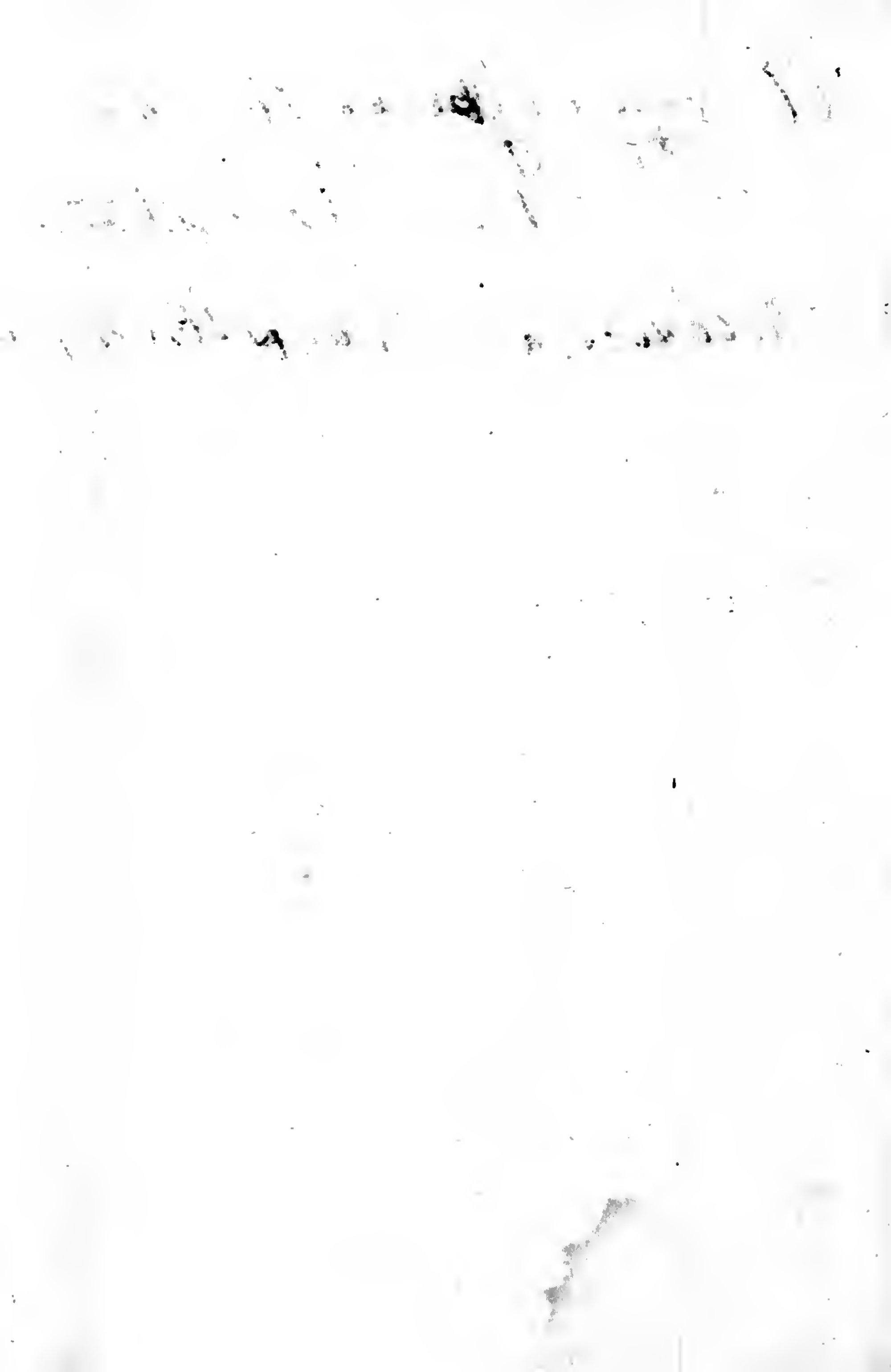
Remanso de Silencio

Prólogo de Genaro Estrada



A don Alberto Urueta
atentamente
[illegible]
México, a 20 de septiembre de 1922

REMANSO DE SILENCIO



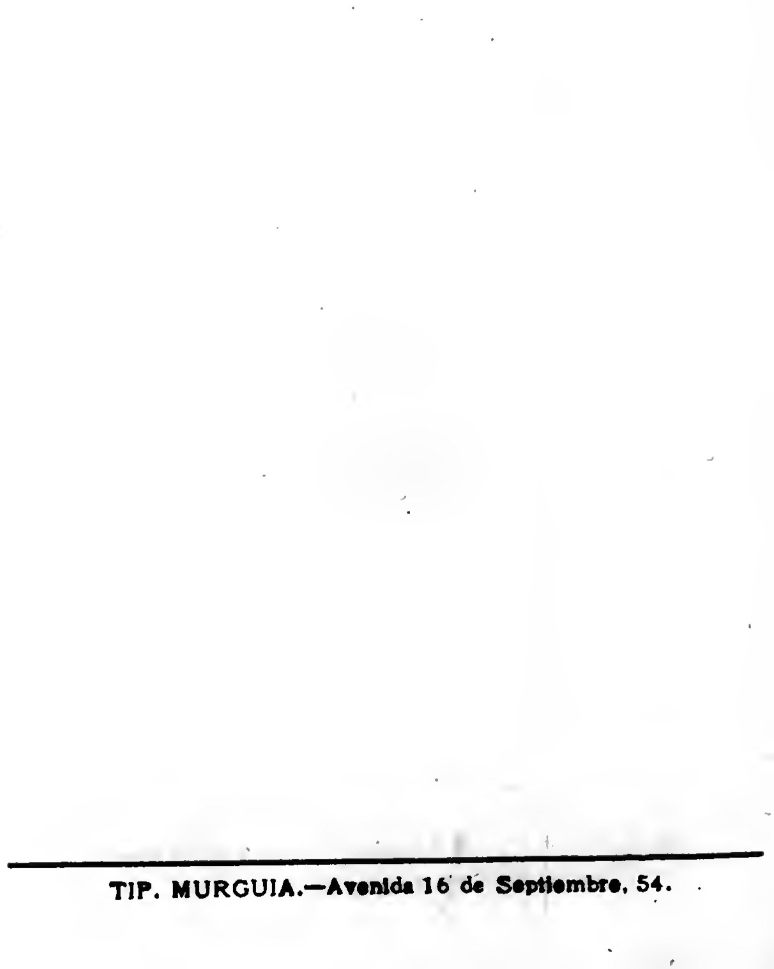
JOAQUIN RAMIREZ CABAÑAS

REMANSO DE SILENCIO

PROLOGO DE
GENARO ESTRADA



MEXICO
EDITORIAL AMERICA LATINA
MCMXXII



TIP. MURGUIA.—Avenida 16 de Septiembre, 54.

PROLOGO

REMANSO DE SILENCIO

REMANSO de Silencio es el nuevo libro de versos de Joaquín Ramírez Cabañas. Remanso de silencio, rincón amable de paz, sedante retiro, dulce telar de ensueños, canción con sordina, dolor melancólico y apacible que va soltando el chorrito de su queja; todo eso es la poesía de este hombre de aspecto huraño y de corazón acogedor—empero—a la bondad que hace clara la vida y presta fáciles emociones para dar un sentido poético a las cosas.

Este cantor que así va diciendo su celeste mensaje en el turbión de la existencia; este delicado observador del espíritu que prende alas a los momentos amargos, no es el lánguido morboso adolescente que habla por imitación de dolores no sabidos y de concupiscencias que no ha vivido; no es el zurcidor de acua-

relas y fantasías de un valor plástico descolorido, sin asomos de espiritual calidad; no ensaya en la rima descoyuntamientos de novedad más pasajera que el aire; es, sin duda alguna, un poeta atormentado que sabe contener los ímpetus del drama y disolverlos en canción acendrada y en delicada mesura.

El que siempre fué un luchador denodado; el que a brazo partido pugna en los campos de la actividad febril; el incansable periodista, desdeñoso de la lasitud burocrática, siempre en el yunque voraz del diario matinal que desvela, siempre atento a la noticia premiosa que no espera, es el poeta que sabe desvestirse de sus arreos de lucha y entrar sereno, desnudo de extrañas actividades y de prejuicios momentáneos, a la pura región del sentido y al limpio cielo asaetado por las "torres de Dios".

Joaquín Ramírez Cabañas es un poeta difícil a las influencias; no ha sido tentado ni siquiera por ese alejandrinismo tamborileante y vacío que sólo ha servido para desconcertar principiantes, en los últimos años, y para perder vocaciones que pudieron cuajar en sospechadas realidades. Notad su manera, muy insistente, de no perder su pensamiento en la música solamente verbal y de defender sus ideas, aunque padezca la rima tradicional. El

verso no se detiene por razones de sincronía, ni busca en simétricos giros producir aires vulgares; pero no por eso es descompuesto ni quiere sorprender con posturas imprevistas. Lo imprevisto como "manera", está mandado retirar de la circulación estética. Lejos de eso, Ramírez Cabañas se complace en reducir—multum in parvo—su mundo espiritual y los materiales del artesano. Desdeña el arsenal complicado y como los artífices de la buena época, casi no tiene más instrumentos que sus propias manos. Lejos quedan los poetas de "La Sirena" y el estruendo de Sóffici. Se complace en decir llanamente su canción profunda y en acomodarse a los clásicos sencillos escenarios, y en ellos lanza sus quejas, exalta sus alegrías, goza de sus bienes y llora sus tristezas, siempre de abajo para arriba, siempre en exaltación, clavando al cielo las largas flechas de sus canciones, como los alarifes góticos dirigían a las nubes las puntas de sus poemas de piedra.

Todo esto y algo más hallaréis en este Remanso de Silencio. Algo más: compostura literaria, actitud respetuosa del arte. Es consolador encontrar, en esta balumba de frescura y despreocupación, en este borbollar de versos malos, de ripiosos audaces y de simulación indescriptible, con que a diario tropezamos por

ahí, en las hojas de los periódicos y en las
ladadas de beneficencia, un artista conscien
por modesto que aparezca—que no usa ni
sa de la posibilidad de irritar las orejas
ridículos devaneos rimados, con malabaris
tramposos, sino que recatado desde la g
penumbra que él mismo ha buscado con
orgullo sin petulancia y con un gesto entre
milde y desdeñoso, cuida de su huerto con
tuosa calma y de tarde en tarde, sin la pr
pitación fenicia de los editores, muestra a
ojos de la gente su pequeña y escogida cose

Leed estos poemas bajo el tibio fulgor d
lámpara familiar, en vuestro rincón habi
del jardín, en la íntima butaca del estu
pero lejos de la garrulería de los modistos
fesionales y de las agresivas posturas de
galafates de la literatura. Sentiréis la su
inundación de la vida buena como el pan.

GENARO ESTRADA.

REMANSO DE SILENCIO

HUMILDAD...

Entre fiestas de trinos, al abrir la ventana
pequeñita que cae hacia Levante, el sol
irrumpe jovialmente... Esta blanca mañana
es tan joven y cándida como un rosal en flor...

La alegría de la luz, por inquieta y traviesa,
parece alma de silfo múltiple y una, audaz,
que introduce tumultos, exalta, ríe y besa
cuanto es matiz propicio a su encanto, y cristal...

Permanecen las cosas de mi habitual ambiente
las mismas que he mirado una vez y otra vez,
que tienen, familiares, en mi pecho y mi mente
una humildad de vida dócil y digna y fiel...

Pero en esta mañana de oro nuevo y sonrisa
de niña, ellas sonríen, embriagadas de luz,
de mirarse joyantes y nobles de imprecisa
gracia, por un cariño de materna amplitud!

Han hablado conmigo larga, muy largamente,
de incontables, minúsculas penas que acaso en mí
tuvieron sólo aciaga realidad suficiente...
mas de ellas mismas hoy me hablan al sonreír.

Hasta un ramo de nardos que en los bruscos añiles
—tan ingenuos!—de un vaso, ponen la discreción
de una nota de cera, o de suaves marfiles,
olvidan que se mustian al besarlos el sol.

Mi vecino, un sonoro fresno de misteriosas
armonías no aprendidas, de hospitalario, hoy es
palomar que contemplo rosal pleno de rosas
albas, que se deshoja y torna a florecer...

Y llega, no sé de dónde, por jocundo y amable
vuelo de alas silentes, un mensaje que es luz
y claridad para esta mi ternura inefable
que existía indefinida como obscura virtud.

¡Ah, en el instante largo, más que la perdida
senda que recorrimos sin saber para qué,
se acendra y magnifica y ennoblece la vida
con un plácido olvido de inquietudes de ayer...

Rápidas horas de otro tiempo, de tan lejano
bien amado ¿podría entonces mi corazón
sospechar el sencillo misterio cotidiano
de una mañana envuelta en un peplo de sol?

¡Insospechada y fuerte realidad que en los días
pasados, vanamente, se mostró siempre igual,
desnuda y luminosa delante de baldías
miradas, pero en vano, que no sabían mirar!

¡Oh realidad de hoy, para mí descubierta
en un instante bueno de humilde sencillez,
sueño que sea perenne sobre la antes desierta
ruta, este milagro con la verdad que hoy es!

UNA TARDE DE OTOÑO...

Remanso de silencio. En claras y serenas
sonoridades hoy mi soledad descansa...
Ignoro si la vida va por rutas amenas
u olvida que entre espinas y zarzales avanza...
Tal vez ha retornado una antigua esperanza
y se alejan ya mustias, mansamente, las penas!

¡Sé por ventura cuándo se fueron los joviales
ímpetus!... Un viejo sueño asoma
todo ceñido en pétalos de rosas vesperales...
Y en un ritmo apremiante de zureos de paloma
se adormece la tarde, y da lánguido aroma
a la hora vulgar prestigios inactuales!

¡Qué suave tristeza del ambiente y las cosas
se me descubre hoy plena, y mis asombros mueve:
¿cómo se abrían mis ojos ante las milagrosas
lecciones de los días, si lo pequeño y leve
no estaba en mi universo?... Lentos copos de nieve
en el camino fingen deshojazón de rosas!

¡Oh simulacro de exuberancias tropicales,
oh bondad de la hora toda revelaciones!...
Lejos, en el desierto, prodiga sus raudales
un espejismo impuro, de claras tentaciones,
al cual van en zig-zags joyantes mis canciones
desde la realidad pequeña de mis males!

¿Por qué es fiel la memoria y la tarde serena...
¡Y es posible vivir no más en un instante
lo largo de una vida: la alegría, la pena,
el descuido primero, la reserva expectante...
detenerse un momento y mirar adelante
y sentir que la angustia de tan nuestra es ajena!

¿Y el ayer, lo pasado?... ¿Sabéis? Es cosa triste..
Saudosa invocación de claras alegrías,
en cuyas notas vívidas nuestra memoria insiste
pertinaz, cariciosa, con yermas agonías...
¡Vano empeño animar, de los difuntos días
aquel tesoro inmenso de lo que ya no existe!

Mi pasado, mi ayer... ¡oh prestigio divino
del dulce amanecer, y la noble riqueza
de jocundos designios, y el confiar pristino...
Este pasado tuvo cual nombre de belleza
suprema: juventud!... Como la noche empieza
a caer, ya no veo las flores del camino!

Y siento: que mansísima y leve de cautela
llega la sombra... tiene dejadeces felinas;
rumores discretísimos, como de ala que vuela
enamorada siempre del silencio y las ruinas;
descuelga terciopelos en torno a mortecinas
lámparas que iluminan esperanzas en vela...

¡Remanso de silencio!... En claras y serenas
lasitudes ahora mi soledad descansa...
¿La alegría?... Tornará, murmura la esperanza;
¿Mis penas?...¡se han dormido mansamente mis penas!

EL ESTANQUE.

Fué mi ensueño entonces un estanque
de límpidos cristales sosegados:
fondo de guijas y arenillas áureas;
y sus márgenes flores, en un pasmo
de contemplaciones y abandono...
un pétalo que cae...
otro pétalo, ¡sobre el azogue manso!

Un estanque!... para ser más tranquilo,
pequeño... menos que un lago!
y por apacentar las tentaciones
vastas de lo lejano,
espejo de místicas profundidades
para los cielos diáfanos!

Y en el ritmo sereno de su linfa
una mirada, que desciende un claro
amanecer... descenso de una estrella
en el suave remanso!...
¡mirada que de mirar las lejanías
suspensa estaba, como en ignorado
abandono, en lo más hondo
de los cristales sosegados!

LA CANCION DEL NUEVO AMOR.

¡Oh muchedumbre! ábreme un sendero
—matices, luz, aromas, todo ameno—
en la complicación de tus diversos
afanes... Mira que llevo
el más pródigo y límpido y sereno
manantial de ternura dentro el pecho!

Para vosotros, para todos, tengo
una palabra noble y un bondadoso gesto;
y es la bendición de mi deseo
rocío sobre el yermo,
ritmo en las angustias del silencio,
lampo en las tinieblas del sendero!

Ha pasado junto a mí el supremo
aletear de la gracia; fué un momento
como una vida largo... y cuando lejos
ya era, todavía en mi pecho
manaba no sé qué claro venero
de ímpetus y entusiasmos abrileños!

Una palabra buena, una sonrisa, el fuego
de una mirada bruna... todo fué eso...
¡Gracia de su presencia, que en un lento
ritmo de líneas, hasta el fondo adverso
de mi dolor llegó, como un incienso!
Y dón el de sus labios, que me dieron
una revelación: sonrisa y cielo,
en obscura ecuación fúlgidos términos...
¡y su mirada!... hoy siento
en mí una afirmación noble: soy bueno...
no más porque ella me miró un momento!

Y se fué la canción del amor nuevo
por entre los rosales del sendero:
Una palabra dulce, una sonrisa, el fuego
de una mirada bruna... ¡todo fue eso!

Alígero y piadoso trae el viento
hasta mi soledad actual un eco

del jovial estribillo mañanero...
ya tiene un sentido vago, incierto,
el lejano sentido de un momento
que apenas es un eco!

ESPERAR...

Será mi vida un día una armonía completa
de esperanzas, deseos, alegrías, dolores,
y he de externar entonces los íntimos clamores
que pueblan actualmente mi soledad inquieta...

"Cuando yo era joven, exclamaba un poeta,
florecía en mis versos como un rosal en flores..."
yo espero todavía que encuentren mis amores
la palabra desnuda,. sencilla, que interpreta

una verdad humilde, límpida y perdurable...
una verdad que pueda ser bálsamo de sueño
en las horas adversas; y espejo irreprochable

de la alegría; y fuerza de todo noble empeño...
porque aún no sé de una plenitud inefable
y mi ilusión de hoy tiene virginidad de ensueño!

TARDE DE LLUVIA.

Cae la melancolía del valle luminoso
en la meditación y se deshace en llanto...
¡Malestar de la tarde, enferma de reposo,
que en lágrimas ahoga sus anhelos de canto!

Los hilos argentados descienden como suave
descolgar de cortinas sutiles sobre fáciles
panoramas; y luego, rayas firmes y graves
de aguafuerte atenuada por aguas-tintas gráciles!

Tortura momentánea de los indefinidos
perímetros en las copas de los sonoros chopos,
tan dócilmente lacios al fiel de los tupidos
hilos, que mal sofocan aromas de heliotropos...

Solamente la sombra ya se difunde astuta
por entre las mansísimas lágrimas de la tarde;
y en los borrosos fondos, la lejanía poluta
funde las apariencias ante el mirar cobarde...

Y en la inacción que impone la lluvia a este momento,
olvida su prisión un pájaro, y a un canto
da matiz de horas libres, cuando al arrullo lento
la tarde se ha dormido enmedio de su llanto!

EL POEMA DEL DESEO.

"Partí sin besar sus labios, porque
después no los habría deseado más . . . ."

Ignoro cómo vive
dentro de mí, con una
persistencia tan honda...
En la oportuna
soledad que se acendra
tras de cada amargura,
es siempre la apacible
presencia suya.

Si llega con el alba
todo se inunda
de presagios que acaso
recató la penumbra;
y cuando cae la tarde
mi calendario anula,
y espero el plenilunio
que su mirar anuncia...

El florido milagro
no acaba nunca:
En su parvedad mínima
mi corazón es suma
de infinito: posee
la gracia plena y única
de su presencia, y luego
las propias desventuras!

Música de milagro
de sus palabras... música
que es vaso de elección
de las venturas!...
La senda que recorro
ignoro si es abrupta,
pero sé que está llena
de las canciones suyas...

Contemplé temeroso
la luz de aquellas brunas
pupilas, con profundo
temor que la ventura
de agotar el misterio
se me volviese angustia!
(Este camino de hoy
sus dos ojos lo alumbran)

Hechizo la sonrisa,
despierta las obscuras
almitas de las cosas
a la vida fecunda...
y ella sonríe
simplemente, como una
alondra canta
y una acacia perfuma!

En sus labios anida
la palabra más pura
y más dulce; y la noble
sonrisa suya...
Miel de los labios buenos
—roja rosa húmeda—
para mi sed tan próximos,
y que no besé nunca!

Así ella está presente
en el ritmo que undula
nervioso mi clepsidra:
en la hora fecunda
mis alegrías exalta;
en mis noches extremas
es un rayo de luna;
y aureola indeficiente
de mis angustias.

¡Ah deseo, deseo
que no sabes de púrpuras
de los Ocasos;
ni de las taciturnas
reverencias silentes
de sauces de tumbas...
Virginidad de auroras
perennemente tuya!

Deseo que semejas
ave cautiva en una
prisión de encantamiento,
bien amada y jocunda:
En tu silencio es ella,
y si cantas, la adulas
con los más suaves himnos
de la ternura!

CUANDO SEA TARDE.

Cada instante se llena de un deseo fugitivo
como de un alma minúscula por la cual es
—tan plenamente—, algo viviente y vivo,
con su antes rumoroso y su fatal después...

Mas este deseo de hoy, es el mismo... es el mismo
de ayer y de antes que, ciego y tenaz,
explora el alma mía cual si fuera un abismo
sin un lampo que alumbre su indefinido afán!

No es efímero como sus hermanos inciertos;
me palpo el pecho y siento su verdad de existir...
lo escucho como vago rumor de ajenos huertos;
y lo percibo, aroma de un lejano vivir!

Trae un mensaje actual, noble a mi incertidumbre,
y comprender no logro su palabra divina...
¡palabra que es de paz, de luz y dulcedumbre
a la angustia que roe, cruel, mi ensueño aína!

Y si hoy no lo comprendo, cuánto sé que mañana
tornará, torturado por su inquietud de ser...
Siento no más que acaso clamaré una lejana
hora: ¡ah este buen deseo... es un deseo de ayer!

POEMAS DE ELLA.

I

Sonríes sobre lo actual de mi memoria
con la mansedumbre luminosa y pueril
de una figura de Fra Angélico... (Esta serena tarde
tiene fragancia tuya y sol de abril).

Ignoraba la mansa paz de las devociones
de templo y de penumbra. (Hoy pienso en ti,
y sé que el tiempo tiene veleidades extrañas:
unas horas muy breves y otras largas, sin fin...).

El lento y cantarino ritmo de tu palabra
no adivino qué voces ha despertado en mí:
claras aspiraciones de aprisionar ternuras,
llenar de luz la vida, horizontes abrir!

Cada oculto designio de la amplia y rumorosa
bondad tuya, te deja turbación tan sutil
que se entreabre apenas una noble sonrisa
y avivan tus mejillas el toque del carmín!

II

Se hace mi anhelo todo cristalino
como cándida linfa de montaña
que cautiva manchitas de cielo
y calmas espaciosas de pinar...

Y a la onda límpida desciende
cuanto es en mí esperanza,
lealtad de sentimiento
y sed de amar!

Y busco entre los azules dones
que caen a la onda fugitiva

el lampo inextinguible
de un sereno mirar...

III.

¿Mis armas?... Una rosa, en cobalto
anchuroso de mar...
¡Qué avidez de sus pétalos, a todos
los rumbos del azar!

Pueril, segura, firme, en una
hora de apacible bondad,
inscribe la ilusión en el zafiro
la empresa más audaz:

Cuatro letras que tienen
virtud de alba, de aroma y de cristal:
un nombre, un sentimiento, una caricia,
un murmullo, un ala, un suspirar!

IV.

Ahora mis ágiles maestros, los días,
bordan con luz de aurora su lección,

en el inconsútil cendal de una clara
sonrisa en flor...

Y aprendo un nuevo y límpido sentido
de la vida... Mi noción
antigua fué torpe... ésta es humilde:
menos razonar, más corazón!

¡Cómo se ha hecho transparente y fácil
mi universo, gris ayer y sin sol!
Hoy comienza la vida, por no sabida senda,
toda llena del ritmo de una nueva canción!

V.

Reposa, alma, calladamente,
en el instante acogedor y fiel,
las rudas y febriles inquietudes
y los ímpetus bravos del ayer...

La gracia de la hora se prolonga
en los oros de un lento atardecer,
y nos llegan por todos los senderos
augurios de inminente
gracia, que anhela ser!

VI

Te pienso como una florecita
silvestre, bajo el sol,
que ignora su matiz y su perfume
y es una temblorosa oración...

Te pienso en todas las minúsculas
hipérboles de la admiración,
clara como linfa cantarina,
leve como pena de amor,

dulce como la mirada
de Nuestra Señora del Perdón...
¡Todas las excelencias en un frágil
vaso de consolación!

UNA VEZ...

Dijo mi esperanza:
no temas; la impura
noche se disipa y nace el alba...
tu sueño duerme aún en la penumbra.

No; no es un recuerdo
que salvó lejanías:
sientes anhelos de palparte el pecho
y buscas la fontana cristalina!

Huye mentiras de tu desencanto!
Es una promesa
su débil reclamo
que escuchas... la voz de ti no se aleja!

ESTAMPA.

Figura de pretérita estampa desvaída,
de prestigios románticos! Posees el secreto
de todas las apacibles bondades de la vida:
secreto de la serenidad; el suave y quieto
misterio de la sonrisa que es viviente y vivida...

En el ritmo del vuelo del canario sorprende
tu amor el imposible deseo que ignora el vuelo;
y en la mansa y jovial gracia de una flor, prende
las alas del perfume de otro imposible anhelo...

¡Oh dón de la palabra que sabe solamente
de las consolaciones; encanto de caricia
de las manos eximias, que asumieron la mente
de toda mansedumbre, bálsamo de leticia!

En la paz del instante, amplia y acogedora,
florecen tus milagros cual en raso celeste,
mientras ritma el vivir en torno su canora
y virginal endecha, como un rumor agreste...

Bordadora dulcísima! borda un plácido ensueño
sobre nivoso lino de sudario, y un día
esta noble esperanza, que es en mí sólo un sueño,
duerma envuelta en la gracia de tu clara alegría!

LA CANTADORA.

Y tú ¿qué haces?... La moza me mira con sus claras
pupilas que ignoraron los secretos;
me mira, y duda de su duda... ¡son tan raras
las preguntas que encienden pensamientos inquietos!

Y murmura: señor... (parece una paloma,
más que de redes presa de infinito pavor;
y su mirar me envuelve en lampos y en aroma,
como una margarita silvestre)... ¡ah, señor...

yo no sé trabajar... tan torpes son mis manos
que apenas con florecitas del campo lograr
suelen una guirnalda, sin aliños ufanos,
para Nuestra Señora... yo sólo sé cantar!

''Mientras todos trabajan, hilo yo mis canciones
y luego me dan ellos de su vino y su pan...
y dicen que mis cantos son como bendiciones,
porque el trabajo, oyéndome, les rinde mucho más...

—¿Qué, hago mal, señor? Dímelo; no sé nada;
y me iré si te daño, que al fin me he de marchar...
—¿Hacerme daño tú? ¡si eres la más preciada
abeja rumorosa del febril colmenar!

LA VENTANA CERRADA.

Hay en el recio muro una sola ventana,
como pupila muerta, extraña al esplendor
del sol; cerrada siempre... inmóvilmente vana
señal de vida en una áspera desolación!

Quizá en furtivo gesto, bajo la amplia cautela
de la noche, abrirán los batientes cansinos,
y el alma de una estancia perennemente en vela
se abrevará en silencio de paz de los caminos....

La vida pasa en tanto frente a la taciturna
pupila que no quiere mirar... y es como impía
barrera que implacable separa la nocturna
calma de las sinceras realidades del día!

¡Abrid esta ventana en las horas fecundas,
para que entre la vida en la enferma morada!
¡Si tardáis se habrán ido ya las voces jocundas
y un eco será entonces la postrera llamada!

LA HORA BUENA.

Un día cantaba mi canción serena
bajo breve y pomposo tardecer septembrino:
Yo no sé si la vida sigue la senda buena,
o se aventura incauta por extraño camino...

¡Serenidad augusta del ritmo de la hora,
toda virtud suprema de suscitar encanto
en minúsculos hechos, y gracia turbadora
más límpida y más pura que una gota de llanto!

Si no tendía el decoro de espléndido paisaje
pleno en luz y vigores y prestigio abrileño,
fué suavidad discreta de apacible mensaje,
o cadente caricia, mitad real, mitad sueño...

Florecía el asombro por entre los umbrosos
misterios del follaje y del instante ambiguo,
y la paz del silencio rielaba en rumorosos
ecos, que zozobraban, de algún amor antiguo...

¡Placidez, placidez de la pausa oportuna
que al olvido abandona rigores de lo adverso,
y la actual transparencia magnificó con una
armónica humildad, en albo tema terso!

El purísimo ambiente tremulaba en el claro
ritmo de la esperanza, toda abierta a la vida
como una margarita silvestre, sin amparo
de artificio que agota, da el bálsamo y la herida!

Presumía la ventura de las vidas ajenas:
dispersaban las brisas lentos cantos de amores...
¿Cómo creer angustias si son las horas buenas?
¿cómo pensar, si es dulce el instante, en dolores?

¿Y la bondad?... acaso se proyecte una sombra,
mácula en un milagro de armonías... acaso
una unciosa palabra que pérfida nos nombra,
no escuchada, concluye en su propio fracaso!

Para qué pensar!... Plácida bondad en el ambiente
purifica en mi pecho la circundante vida...
¡Vivir! He aquí el milagro de la hora clemente,
toda mía en mí mismo, noble y apetecida!

NO ESCOGI LA SENDA...

Otros tienen honores, la fuerza, la riqueza,
ímpetus de la audacia y de las ambiciones,
para llenar la vida por siempre de fiereza
y de impiedad, distantes las límpidas pasiones...

Tal vez es buen camino de estímulos potentes
para llegar al fin... tal vez en su sendero
ha derramado pródigo el vivir las simientes
de un trascender que sea fecundo y duradero...

Yo no escogí la senda que llenan los rumores
de la noble mañana y la tarde apacible,
por donde va mi anhelo a tientas y en temores
tras un desear que nunca concluye de imposible...

Pero esta senda mía de ella misma tan plena
está: árboles, lampos, cantares errabundos...
que mientras avanzando va mi inquietud serena
no me tienta el deseo de buscar nuevos mundos.

POEMAS DEL MAR

MAÑANA PLAYERA.

Reguero de esmeraldas en llanura de azófar,
sobre el mar se esparcían los tesoros del sol...
Las ondas separábanse de la tierra con una
albeante y pura cinta, como una aspiración!

El mar en los remotos términos desteñía
sus añiles intensos, en vaga indecisión,
para unirse a la suave diafanidad del cielo
que indefinía lenta descenso y conjunción...

Ignorancia perfecta de nociones exiguas,
la vida era la vida, suprema comunión
en la Naturaleza... en la más leve nota
era el ritmo vital una realización!

Y ante el rudo espectáculo de grandeza y misterio
¡oh grandeza del alma, que olvida toda acción
y a la línea apacible de un vuelo de gaviota
se abandona en miradas y en ímpetus de amor!

¡Mágicas lejanías para el deseo inquieto!
la fácil esperanza, la dulce insinuación...
(¡Las velas, a lo lejos, a Occidente las proras,
al decrecer perdían carmines de arrebol!)

DESDE MUY LEJOS...

En una hora como esta... tres de la tarde;
pompa de Otoño; mansa brisa...
el corazón, ni animoso ni cobarde;
ni impaciencias que anhelen ser de prisa,
ni zozobras de un ¡es ya tarde!

Mirar y mirar, solamente,
cabe la inmensidad ruda del mar,
y la plena avidez, corazón y mente!

¡Qué importa la hora, y el instante,
todo lo que igual pudo ayer existir...
¡A qué saber de cual distante
ensueño es hoy en mí el vivir!

Contemplación fecunda de una
tarde que ahora es tan remota...
¡toda una tarde, hasta nacer la luna
del mar como inquietud ignota!

Contemplación de alguno de los míos
—en un ayer que empolvan siglos...—
entre nostalgias y añoranzas,
eflorescencia de recuerdos píos
y halagos de las esperanzas!

Quizá de la esperanza fué la parte
más vital y ampliamente humana...
Y hasta mí llega como herencia
de fuerza que sublima la lejana
y misteriosa trascendencia!

hasta mí llega, de muy lejos
el buen afán incoherente,
y tiene el mar, en acentos complejos
un comentario indiferente...

Soplo de vida que de extrema
lejanía, mi sosiego actual
—todo abandono en placidez suprema—
purifica y exalta lustral!

Y es más en mí que un influjo remoto;
tal se incorpora fácil en la entraña
del anhelo que es mío y es ignoto;
murmullo de la montaña
materna, que desciende lento
para hablarme con las voces del viento
marino...

Tres de la tarde;
pompa de Otoño; mansa brisa;
ni impaciencias que pugnen ser de prisa,
ni zozobras de un: ¡es ya tarde!

LAS VOCES DEL VIENTO.

Mis voces se perdían vanamente a lo lejos...
la ansiedad naufragaba en las ondas dormidas!
Persistente el rumor en cordajes y lonas,
era en el tema abstruso de la monotonía
ya sonrisa, ya mofa, desteñido guiñapo
que empavesó otro tiempo una clara alegría!

Mas había una suprema aspiración; la noble
paz de un advenimiento, la confianza pristina,
y en el tenaz murmullo una oscura bondad
adormecía en los ímpetus la angustia indefinida!

Y el viento murmuraba: ¡oh cuán pequeño mundo;
esencia de infinito anima nuestra vida;
la opresión ignoramos de las limitaciones,
el ayer y el mañana, y en iras y alegrías
un designio magnífico nos mueve, y no sabemos
de míseros afanes y de esperanza efímera!
Vosotros perdéis siempre la paz de la mañana
en elegir la senda, y al pleno mediodía,
al emprender la marcha, ya el fuego del estío
(cuando la meta osténtase aurina en alta cima)
empuja hacia remansos de sombra y de reposo...
y silente aletea en la sombra el enigma!

Las voces se perdían en el tema fecundo,
grave, ligero, alado, de la monotonía...

Daba al timón el rumbo seguro la esperanza,
pero en la calma pérfida, tan lejos de la vida,
con los afanes múltiples, vanos de los recuerdos,
¡mi ansiedad naufragaba en las ondas dormidas!

UN FARO EN LA LEJANIA.

¿Esta es la buena ruta? ¡Incertidumbre
infundada y pueril!... porque la bruna
soledad de la noche
tiene en mi corazón una minúscula
luciérnaga impaciente,
que torna maravillosa la penumbra
con un inquieto y manso prodigarse
en temor, esperanzas y ternura...

Temor sobre el mar, bajo la sombra...
y las insinuaciones de una muda

piedad remota, por el aparente
parpadeo de los astros... Y acaso una
ilusión que va haciéndose esperanza,
toda fragancias en la paz nocturna!
¡una alegría como de niñez,
cuya ternura se me vuelve angustia!

¡Cuál estrella más límpida y fulgente
cayó sobre el ponto y en la obscura
imprecisión de la honda lejanía!
Las ondas la levantan, y fulgura;
túrbido crestón la borra, y luego
aparece otra vez a flor de espuma!

¿Es realidad?... ¿acaso un peregrino
ensueño que se fué bajo la bruna
complicidad de la tiniebla, y lejos
tórnase luz, pues encontró la ruta?

EPISODIO.

¡Dime el secreto! ¡tu secreto!
lo escucharemos yo y el mar:
el mar jamás es indiscreto...
Le confié un día un sueño inquieto
que no veré más retornar!

¿Inmensidad? ¡Y cuánto sabes
que breve es esta inmensidad!
Da a tus palabras graves
tonos austeros, que más suaves
llegarán a mi soledad.

Exalta tus aspiraciones,
ensueños truncos y dolor,
porque así medran las pasiones...
y en un revuelo de ilusiones
una sonrisa ya es amor!

Callemos; calla lo que sientes...
sólo es por mí tu confesión!
Las cosas son indiferentes
para lo exiguo de accidentes
que obran nuestra desolación!

Divide el mar, en ritmo alterno,
ímpetus bravos, lasitud...
el mar vive un Otoño eterno;
¡él no ha sabido qué es Invierno,
y nunca tuvo juventud!

MEDIODIA.

En temblor de azogue que se adivina apenas
duermen las ondas perezosas;
el sol es polvo de cristal en las arenas
caldeadas; y el sopor de las cosas
parece que da malévola tregua a las penas
y abre un paréntesis para las jubilosas
alegrías...

Hundida en la pesadumbre
del vidrio estañado yace una barca, y pienso
que las cifras del nombre, rojas, son de lumbre,
en ella; y su reposo, definitivo, inmenso!

Cae el solar fuego, abrumador, a plomo;
la atmósfera, compacta, no hay ala que la hienda;
y en las palmeras, lacios los penachos, como
si tuviese la arena imanes de leyenda...

¡Si olvidara la brisa su hábito de vuelo,
definitivamente, y la noche su mansa
lluvia de rocío, quedara la esperanza
que otea horizontes, por siempre en este suelo,
como inmóvil la barca en la onda que descansa!

TURRIS EBURNEA.

Levantaré algún día, en olvidada
y oculta paz, a la orilla del mar,
una torre sombría, recia, pesada,
como un hostil anhelo de olvidar...

Será una tarde y por encantamiento,
puesto ya el sol detrás de la montaña,
cuando cae el vivir en aislamiento
a la invasión de la tiniebla huraña...

En la hora muda, de silencio manso,
que ignora voces de alarma o deleite,
o angustia... cuando un fiero descanso
las olas muestra flácidas, de aceite...

Una torre, en medio de la inmensa
noche en la tierra y la calma engañosa
del mar dormido, como un ser que piensa
sólo entre dos pausas sin pensar cosa!

No habrá jamás en lo más alto de ella
parpadeos piadosos de fanal
que engañe con la promesa de una estrella
a los nautas perdidos en la mar.

Apenas una silueta indefinida
de cosa muerta, que en un día difunto
viviente fuera y albergara vida,
pero es no más ahora inútil punto

final de una leyenda tartamuda,
no sabida por nadie... ¡y sin embargo,
viva y viviente, y fuerte, en la desnuda
soledad de un desear áspero y largo!

(De tan real, este deseo pristino
haríala interminable hacia los cielos:
alta más que montañas, un camino
de buen querer y para audaces vuelos.)

¿Cobardía? ¿Renunciación? No; nada;
un anhelo de paz, de libertad
y de silencio... en la ignorada
gracia de ser con uno, y nada más.

Una ancha torre, firme y taciturna
junto al mar y sobre ásperos cantiles,
núcleo de sombras para la nocturna
sed de borrar colores y perfiles...

Y en el día, sólo un gris accidente,
lejos de ser imán de las curiosas
miradas del viajero indiferente
que no persigue el alma de las cosas.

Tendrá una sola y ávida ventana
abierta a la salobre inmensidad,
y así, sorprenderá cada mañana
el primer beso de la luz y el mar...

¡Y quién sabe! ¡Acaso un claro día
fuera la tentación más impetuosa
que vano ensueño y pérfida osadía
de retirar la vida rumorosa...

Por la única ventana, hacia un camino
de los senderos múltiples e inquietos,
como hiciera un gran pájaro marino
mi afán escaparía, tras los secretos

espejismos de un nuevo y no sentido
deseo de horas vírgenes, de ser
(a pesar de lo muerto y del olvido),
con alma de fecundo amanecer!

LA TARDE CAE.

Hora de matices, de rumores
inciertos... ¡Placidez, placidez,
sin una sola angustia
ni un pensamiento!

Se va el minuto, cuando
fué ampliamente y ha tornado a ser
en mi pensamiento, sin una huella
de mañana, de hoy o de ayer!

Un rumor que era vívido y próximo
desfallece de pronto, sutil...
Es alguna ola que aleja su única
canción de esmeralda y zafir...

¡Y la noche viene tan callada,
toda dulzura, cautela y piedad,
porque no se asuste el instante
con sus negruras y su soledad!

EL SENDERO IGNORADO.

¡Oh inmensidad!... En el sereno ritmo
de la paz momentánea de las ondas,
suave, apaciblemente,
hoja que en oro transmutó el Otoño
y hurtó la brisa del cerrado huerto,
mi ensueño se abandona para todas
las seducciones de la lejanía...

Donairosa, minúscula,
navecilla de hadas,

el imán siente de los horizontes,
y da su aurino punto a los zafiros
de las inquietas olas,
feliz porque al engaño de los términos
resulte cada instante más pequeña!

Por entre las tranquilas
ondas están abiertos
incontables caminos; de ellos uno
que no conozco, es ese mi camino...
Senda por la que dulce
mañana partiré, tras la apacible
sonrisa juvenil de la esperanza!

Y tal vez, tal vez el bienamado
ensueño que se aleja
bajo las languideces del crepúsculo,
entre tantos senderos
adivinó cual era mi camino...

Mas si torna el mirar a la materna
playa, ¡oh flor humilde
abierta para las incertidumbres
de la naciente sombra,
allí estás, mi ensueño, como en antes,
dentro de las lindes de mi huerto!

RENOVACION.

Hoy arrojé al mar divino
todos mis equipajes de ayer...
(Es luminoso y ágil el camino:
promesa de alba, fragancia de amanecer).

Lejos, una vela... (Azul la lejanía
como un espejo fiel: dombo de azur)
se hincha con la cálida alegría
que abrasa y treme, de la brisa del Sur...

Una gaviota roza la indecisa
superficie inquieta, como veloz
rizo que a la espuma hurtó la brisa,
o pañuelo arrebatado en un adiós.

Embriaga el sol su gracia luminosa
en linfa que toda es núbil temblor,
y es una fiesta de nieves y de rosa
tal, que se confunden lampo y flor!

***

Miro el naufragio del ayer, y pienso:
hubo en el desastre una piedad,
pues flota, punto exiguo en el inmenso
mar, algo—que no es olvido—de otra edad...

Todavía resuena, de lejana
palabra un eco... Y la gracia temprana
como alba nubecilla decora la mañana.

¿Eco de ayer?... ¡Qué distante
lo que fué hace no más
un instante...
ya tiene horizontes de jamás!

***

Algo que fué, y es cosa fenecida...
Llena el asombro esta nueva actitud
de un descuido único... La vida
quiere olvidar zozobras e inquietud.

Magnificencia en que se engríe el día
y trasciende, mística y lustral,
hasta lo más pequeño, en eucaristía
de una gracia fácil y jovial!

Ser de hoy, ritmo nuevo, alma de ahora,
descuidada de término y pasar;
sin lazos con ayer, actual, la hora,
y una barca a lo lejos... ¿a dónde la prora?

***

¡Oh perplejidades de turbulento
espíritu que imaginó una tempestad
en una gota de agua... esencia de un momento
que parece que no tuvo realidad!

Y sin embargo, el norte de esta nueva
noción del esperar, se vuelve todavía
hacia la onda rápida que lleva
el postrer eco de vida que fué mía.

¡Cuál tenacidad
de tornar duradero un fugitivo
instante que se perdió en la inmensidad!

Algo que no es olvido y se detiene
aún con la persistencia del temor
a sombra y olvido, cuando viene
la verdad que anunció vago rumor!

*
* *

¡Codicias del mirar, terco en la lejanía...
—lejanía: cosa entrevista que aún no es
dentro del circundante universo; que todavía
seduce con espejismos de promesa y tal vez,
y ha de zozobrar un día
en aciago después...

Ingenuo afán, errante por la tersa
tranquilidad de augurio y de sosiego

del mar dormido, que en vigilia adversa
recata el ímpetu pujante y ciego...

¡Pero es tan luminosa y transparente
la clave de este nuevo renacer,
que la duda se aleja hacia el poniente
definitivo de un extraño ayer!

Dicen el alba, y de ella una alabanza
antes jamás oída, las serenas
voces de las cosas... (El destino descansa
sobre vanos despojos de esperanza,
de sueños truncos y lejanas penas!)

EVOCACIONES

QUETZALCOATL EN EL MAR...

Cielos, ondas y viento
pararon en asombro vasto y rudo
cuando por el río apareció con lento
avance aquel fantasma;
un solemne saludo,
majestuoso, le hacían los árboles,
de acatamiento!...

De pie sobre la nave extraordinaria
Quetzalcoatl, erguido, por la altura

errantes las pupilas, en plegaria
inacabable, iba absorto
sobre la inmensa y pura
sonoridad del mar,
que acalló sus querellas
suspenso en admirar...

Treinta serpientes enlazaron fuertes
anillos a formar la balsa extraña,
levantando en redor con una huraña
actitud, treinta testas
de miradas inertes!

Y en los recios anillos que emergían
de las aguas, cual toscos eslabones
de monstruosa cadena, tal ponían
las espumas airones
que la mar y la balsa florecían!

Cestilla prodigiosa, en la dormida
paz de las aguas, junto con las plumas
níveas que ponían las espumas
en los torcidos cuerpos, la florida
nota lucen las ágiles cabezas
de sus vívidas manchas de turquesas.

Quetzalcoatl oraba. Su melena,
larga y albeante y lacia,
por el capricho de las brisas hacia
la tierra iba, hacia la arena
de la playa ahora huérfana
del dios y de su gracia!

Arriba, en las llanuras azulinas
de la suprema cúpula,
en dos bandas se abrían aves marinas
al pasar la nave, cual reflejos
de la estela en las ondas... desde lejos
se pudo así mirar
el norte de aquel viaje sin retorno
El ritmo era en el mar
de un opaco, de un tenue suspirar!

Entonces fué el milagro
único!... un inmenso tesoro
hubo en las ondas; en el oro
del sol jamás magnificóse el día
como aquel día; y era el mar
todo oración, bendición y alegría,
y efímero el prodigio parecía
que nunca iba a acabar!

CITLALINTLAMINA.

Sentí sobre mí el peso de tan ruda agonía
de Moctezuma Xocoyotzin... Discreto, me hundía
en una inmensurable y fiel melancolía...

La noche era de ambiente flexible, fácil, tibio;
mas tenía agilidades y torpezas de anfibio
la sombra, sin un présago signo que fuese alivio...

Dormida la opulencia de los jardines reales
yacía en amplio silencio debajo las astrales
radiaciones, impías en tan inciertos males.

Dormía Tenoxtitlan en calmas anchurosas,
perceptibles apenas rumores de las cosas,
bajo el cielo de claras pupilas temblorosas.

A veces, de entre los pliegues más espesos del manto
de la noche, otra angustia: grito, clamor o canto
de buho que no resuelve misterio ni quebranto...

¡Y aquel recién bruñido vidrio de la laguna
y estanques, que amortigua una caricia bruna,
cómplice en los hechizos adversos de la luna!

Y todo para daño de la angustia infinita
de Moctezuma el último... ¿do el hontanar de cuita
que todas las circundantes vidas llenó, inahita?

¡Inmensidad suprema de nuestros padeceres
minúsculos, en cuanto, devotas cual mujeres,
se nos unen las almas de cosas y de seres!

Escuchábamos todas las voces de la vida,
porque aquella ansiedad se sintió desasida
en medio a incertidumbres, en la duda vivida...

Y apareció el caudado astro de ágil tramonte,
cual ave que saltara desde un crestón del monte
que recortaba el próximo confín del horizonte...

Moctezuma temblaba... En el embate rudo
de aquel mal recatado bajo un augurio mudo,
olvidó el rey de reyes el arco y el escudo.

En su labio expiraban las interrogaciones
y miraba el cometa. Dormían las pasiones
y aquella noche estuvo preñada de visiones...

Hasta las brisas lentas acallaban querellas
mansamente... (El cristal del lago, en aquellas
pausas, se apoderaba de todas las estrellas).

¡Cuánto pesó el silencio sobre nuestros pavores!
Decían cosas siniestras los tranquilos rumores
noctámbulos, heraldos de vecinos dolores..

Nadie atrevió palabra que cerrase el sendero
de los presentimientos fatales. El guerrero
prolongaba ansiedades en mutismo severo.

Señor, murmuré entonces, ¿quién dijo el extravío
de un augurio funesto por el astro bravío
que sólo es claro signo de nuestro poderío?

Y volvió a mí su rostro, como desde remota
esperanza que, súbita, por brusca, por ignota,
olvida en los muñones que sangra un ala rota:

¡Señor, no es una estrella... es sólo una divina
flecha que por ímpetus de gloria levantina
hasta los altos cielos lanzara Ilhuicamina!

LA LLEGADA DE LAS CARABELAS.

Sobre los inviolados y cambiantes
zafiros del mar, surgen un día
siluetas blanquecinas y gigantes
de palacios que el ponto levantaba y hundía

Distantes semejaban majestuosas gaviotas
en peregrinación pausada, lenta...
Venían de comarcas misteriosas, remotas,
extrañas del deseo a la inquietud sedienta.

Espléndido contraste de la radiosa albura
del velamen en el añil del mar...
como alas colosales que del ponto a la altura,
de espumas salpicadas, intentasen volar!

Se creería que iban a volar!... Parecía
que las ondas unieran sus fuerzas en potente
anhelo de ofrecerlas como una ofrenda al día,
que abrillantó sus lampos para ellas solamente!

Los pájaros volaban hacia la costa: al viento
esparcían clamores de sorpresa,
mientras iban las naves en ritmo y movimiento
de un alegre descuido, hacia ignorada empresa...

Y la nueva corría de Mayab a Zempoala,
en un pavoroso estremecimiento...
Batió la profecía siniestramente el ala,
que era llegado el trágico momento!

Los vigías se empinaban en lomas y colinas,
absortas las pupilas de horizontes,
con asombros que hacían terribles las felinas
actitudes... la nueva trasponía los montes...

R E M A N S O   D E   S I L E N C I O

¡Oh soberbio espectáculo! ¡Cómo las carabelas,
bien hinchadas sus lonas por la brisa,
en la gracia confiada, suave de sus estelas,
venían deshojando la flor de una sonrisa!

Pero desde la tierra las ávidas miradas
ahogaron el encanto en un presentimiento
cruel... traían aquellas naves las esperadas
angustias de anunciado advenimiento!...

Espléndido contraste de la radiosa albura
del velamen en el añil del mar...
Como alas colosales que del ponto a la altura,
de espumas salpicadas, intensen volar!

LAS NAVES DESTRUIDAS.

Ruda grandeza se ofreció aquel día
al mar, plenamente... La admiración
de seres y de cosas no tenía
reposo... y hacia toda lejanía
cundió el asombro y sublimó la acción!

Tal vez entonces la Naturaleza,
presintiendo cómo iba a florecer
para los siglos bárbara proeza,
ataviose solemne de nobleza,
jovial, voluble, como una mujer!

Bajo cielos sin mácula, suaves,
brisas sin norte fijo en su volar;
rumores ya serenos, ora graves...
y de pronto, de ruinas de las naves
súbitamente viose lleno el mar!

¡Cómo hasta entonces vírgenes de impuros
desechos, las olas, al levantar
en sus sonantes lomos los obscuros
maderos, arrojábanlos con duros
ímpetus, a lo lejos, al azar!

Y así en los verdes fondos de cercanos
términos, con orlas de albo airón,
manchas negras, y en lo azul de lejanos,
errantes como anhelos sobrehumanos...
cuanto el mirar alcanza de extensión!

El recuerdo perdíase repentino
entre sombras... En la hora inicial,
gallardas por su plácido camino,
señoreaban las ondas, en destino
todo fausto y decoro triunfal...

¡Oh las fuertes, ágiles carabelas,
cuando venían de do nace el sol,

dejando en las aguas, en estelas,
un reguero de lirios, y las velas
pródigas de sus oros de arrebol!

Y de todos, de cada aventurero,
ante el predestinado de miradas de azor,
la angustia que ahogó en pechos de acero
una mansa ternura, traicionero
apenas descubrió débil temblor!

¡El triunfo! clamaban los rumores
de la vida, ardientes de fuego tropical...
Delante: incertidumbres y pavores;
y detrás... ¡cortemos a los viejos amores
sus alas, para nunca retornar!

Grande, magnífico, desde la arena,
los brazos sobre el pecho, en avizor
gesto, la mirada firme y serena,
contempló silencioso aquella escena
vasta como su fe, el Conquistador!

LOS SURCOS DE LAS QUILLAS.

¡Cuántos millones de quillas
han desgarrado tus ondas,
mi viejo mar!

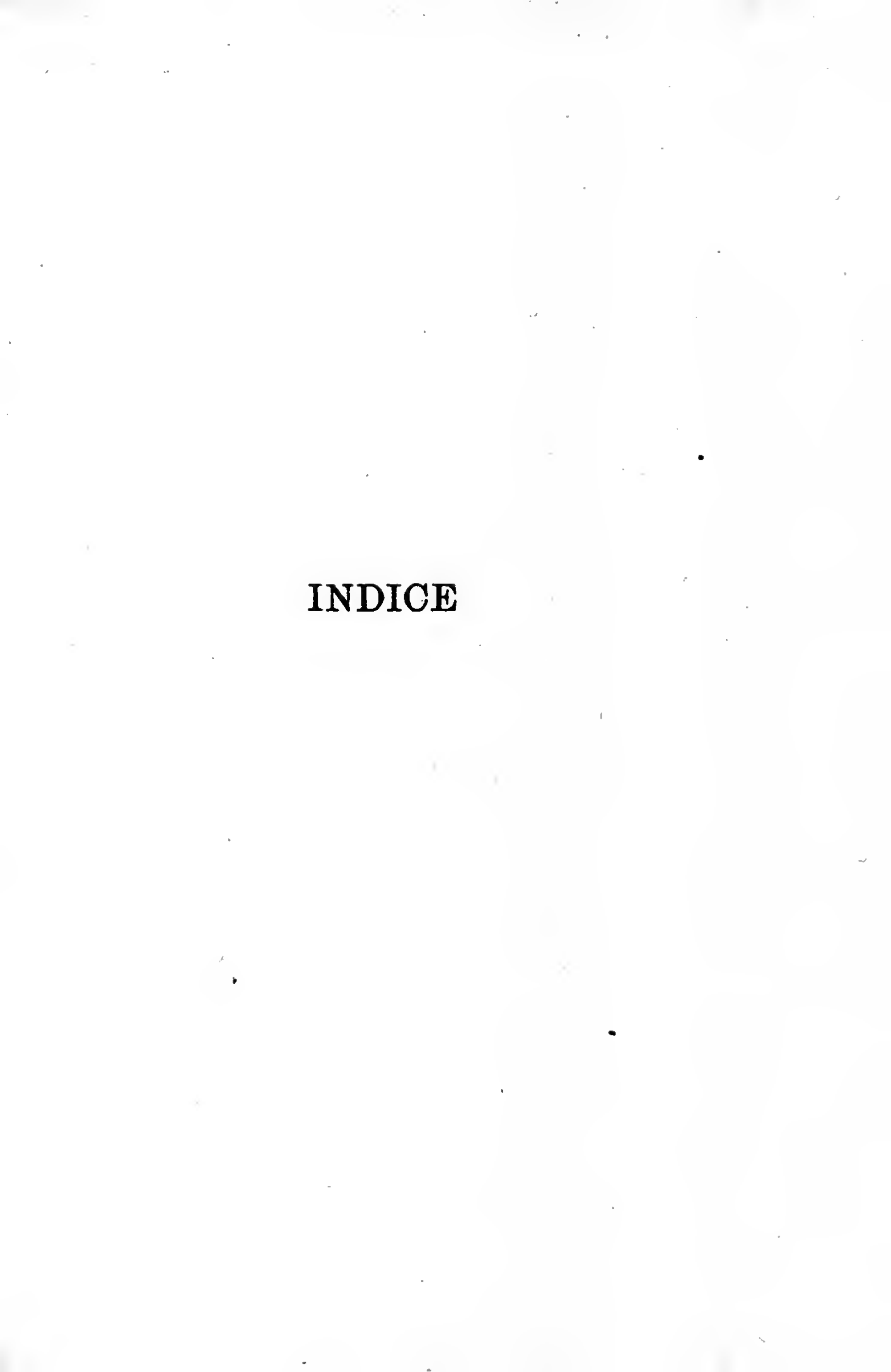
Carabelas de la audacia;
flotas de los mercaderes;
el pirata y el inglés...

Transatlántico de vastas
ambiciones; anacrónica
presteza de bergantín...

De los millones de quillas
no ha quedado rastro alguno
en tu perenne inquietud....

y sin embargo, adivina
entre tus ondas, una honda
ruta mi corazón!

FIN.



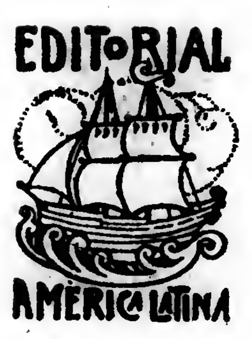
INDICE

REMANSO DE SILENCIO.

POEMAS DEL MAR.

EVOCACIONES.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN LA
ANTIGUA CASA DE
MURGUÍA EL
12 DE AGOSTO
DE 1922.


EDITORIAL
AMÉRICA LATINA

END

TIT